

REVOLUCIONARISMO, BUROCRATIZACIÓN E INTELLECTUALES EN EL SINDICALISMO*

Rubén H. Zorrilla

Si el origen y la formación de las estructuras sindicales debe ubicarse dentro de un vastísimo, complejo y penoso proceso de secularización, en el que se incubó la modernidad e implantó su arrasadora semilla de transformaciones el sistema fabril, la individualización y caracterización de los actores sociales que trazaron su derrotero, dándole orientación ideativa y textura material, exige un cuidadoso examen de los muy diversos grupos implicados y, sin duda, el rechazo de las simplificadoras perspectivas corrientes, especialmente aquellas derivadas —legítimamente o no— del marxismo, todas ellas incompatibles con el testimonio empírico. En lo que sigue trazo una síntesis tanto del examen propuesto por mi esquema teórico, como de la justificación que alienta ese rechazo.

1. La hipótesis básica

El plexo de grupos sociales que participan en la creación y consolidación de las organizaciones sindicales incluye en la

* Este artículo constituye una reelaboración del epílogo de mi libro *Intelectuales y sindicatos*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982.

primera etapa a trabajadores “avanzados” (resultado de la complejización tecnológica creciente de la estructura productiva, aunque no trabajadores del sistema fabril, como por ejemplo los ferroviarios), artesanos (a veces contratistas e intermediarios, herederos de técnicas productivas tradicionales), trabajadores “modernos” (integrantes del sistema fabril, o “proletarios puros”) e intelectuales (creadores y difusores de la cultura media y superior).¹

El peso social de estos grupos no es, sin embargo, el mismo en términos de su gravitación en los conflictos, ni de su proyección en el mediano o largo plazo histórico. Los artesanos, de muy diversa condición (especialmente sastres, relojeros, encuadernadores, yeseros), y los trabajadores avanzados (característicamente, gráficos y maquinistas ferroviarios) tuvieron la iniciativa en los orígenes de las estructuras sindicales. Simultáneamente, distintos grupos de intelectuales, luchando ásperamente entre sí, y aun con los propios trabajadores, los instigaron en la aventura de crear gremios modernos y, lo que es acaso más importante, elaboraron su justificación teórica y ética (con lo que daban un atractivo cálidamente emocional a sus propuestas), más allá de la variedad de sus concepciones.

Son estos intelectuales los que creen ver en los trabajadores manuales a los futuros e implacables revolucionarios que convertirán la sociedad “alienada” en la sociedad perfecta, por fin armónica, sin clases, burocracia, dinero, Estado o policía, que creará el “hombre nuevo”, el “hombre completo”, resultado de un “nuevo humanismo”.

Los obreros mismos, no obstante, y sobre todo los que he denominado “modernos” (una especie de mesías colectivo que salvaría —para algunos inevitablemente— a la humanidad desgarrada), no lograron, ni logran, visualizarse a sí mismos como predecía, con seguridad dogmática, esa concepción. Es evidente que no todos los intelectuales asumen este modelo interpretativo. Pero surge de una parte considerable de ellos (en contra de lo que podría esperarse, dada la significación que

¹ A los efectos de mis argumentaciones, es innecesaria una mayor precisión terminológica en el uso de conceptos como “obreros modernos”, “trabajadores avanzados”, “artesanos” e “intelectuales” o “intelectualidad secular”.

habitualmente se confiere a su extracción social, porque son casi siempre hijos de burgueses prominentes, si no de nobles), como síntesis orientadora, aunque con diferencias según las corrientes de pensamiento y los individuos. Es que los intelectuales pueden tener, más que otros grupos, un grupo de referencia distinto del que corresponde a su grupo de pertenencia.

Una de mis hipótesis básicas afirma que, en el surgimiento de las estructuras sindicales, cuando éstas son débiles y aun precarias o efímeras, la inducción de la perspectiva revolucionarista² es muy fuerte y lucha con éxito contra la opción reformista, a pesar de los triunfos indudables que ésta obtiene, sostenida en la necesidad insoslayable de la negociación y el acuerdo, de modo que ambos convaliden las reivindicaciones inmediatas.

Es decir, una corriente —la reformista— impulsa al incesante perfeccionamiento legislativo y a la participación política creciente de los trabajadores, mientras una importante contracorriente, diseñada por los intelectuales, *en parte como respuesta a una situación específica por la que atraviesa la intelectualidad secular*, fuerza a buscar la meta de un cambio holístico y definitivo, que elimine no sólo las penurias laborales, sino todos los males sociales. Aquí se hace patente el rasgo racionalizador y mesiánico de los intelectuales revolucionaristas, así como su visión omnicomprendensiva, modelada por el utopismo.

Ambas vertientes coexisten, y si en algunos casos la segunda ayuda a la primera —indirectamente, al actuar como amenaza—, en muchos otros chocan abiertamente en la resolución de problemas teóricos y prácticos perentorios.

En cambio, a medida que las estructuras sindicales se extienden y consolidan, al mismo tiempo que los trabajadores obtienen sensibles y constantes mejoras en sus condiciones de vida —materiales y espirituales— la ingerencia de los intelectuales

² El revolucionarismo supone la necesidad de un cambio radical y holístico en la sociedad existente. Supone también un tiempo reducido para realizar ese cambio; o éste tiene lugar mediante el método de la violencia. Finalmente, supone una utopía, que es el atractivo fundamental para los seguidores.

1

tuales disminuye hasta desaparecer. Consecuentemente, el mesianismo revolucionarista es arrinconado y sobrevive como reserva que sólo se utiliza —sin creer demasiado en ella— en momentos de crisis social definidos como extremos por los actores sociales implicados. La actividad sindical se burocratiza y se ve obligada a responder cada vez con mayor urgencia y recursos técnicos, no sólo a los problemas de los trabajadores, sino a los de la sociedad global. De ahí la incorporación de profesionales, al mismo tiempo asalariados y dependientes, dentro de las estructuras sindicales del gremialismo maduro.

El intelectual independiente, no pagado o vocacional, inductor de las concepciones revolucionaristas de la primera época, cuando las estructuras organizacionales se hallan en formación, es reemplazado por el universitario profesional, que ofrece un asesoramiento técnico como contrapartida a una prestación remunerada. En síntesis, la relación intelectuales-sindicatos varía o depende del grado de institucionalización y burocratización de estos últimos.

2. Revolucionarismo e intelectualidad

Este bosquejo histórico-sociológico permite formular una interpretación muy distinta de la habitualmente inspirada por el modelo revolucionarista, sobre todo en la versión marxista, que sintetizó ideas muy comunes en el hervidero del siglo XIX. Estas ideas parecieron absolutamente nuevas para sus seguidores, acaso porque la síntesis se hallaba implantada en un vigoroso molde historicista, que satisfacía las ansiedades originadas en la necesidad de dar un *sentido* a la historia.

El diagnóstico que surge del modelo revolucionarista subraya, y legítima teóricamente, el papel disruptivo de un nuevo grupo social —la llamada “clase obrera” (en mi terminología: obreros “modernos”), forjada en el sistema fabril que reemplaza a la industria doméstica—, el cual habrá necesariamente de tomar conciencia de su “misión” para modificar desde sus bases a la sociedad actual y someterla a su vocación arquitectónica, intrínsecamente igualitaria y libertaria.

Las líneas de fuerza que se derivan de aquí son claras: el

“proletariado” lleva en sí el germen de la revolución total, definitiva e irreversible, de modo que el abigarrado y cambiante horizonte de conflictos, tendido en la vida social como una trama calidoscópica y pertinaz, puede reducirse a uno esencial y superable: aquel tendido entre capitalistas y obreros. Los demás son meros epifenómenos, o prolongaciones curiosamente engañosas, de ese núcleo genético fundamental.

Sostengo, por el contrario, una hipótesis alternativa: las tormentas perceptibles en la expansión de la Revolución Industrial envuelven dos fenómenos distinguibles: la modernidad y la industrialización, y ambos pueden aparecer separados o juntos, con resultados distintos en sus variables mezclas para el tema que nos ocupa.

Un grupo estratégico de la primera es la intelectualidad secular, nacida con la vertebración del mundo burgués, cuya visión contribuye decisivamente a conformar. Dos grupos fundamentales de la segunda son, además del empresariado industrial, los obreros “modernos” y los trabajadores “avanzados”, estos últimos no integrantes del sistema fabril pero conectados, como una de sus consecuencias, con él.

El artesanado —otro grupo esencial, insertado en la producción doméstica y afectado por el desarrollo del sistema fabril—, si bien pertenece a todos los sistemas sociales, adquirió un lugar particular en el desarrollo de la economía de mercado. La acumulación de transformaciones provocadas por el avance de la modernidad influyó en la variedad de sus matices y en el aumento de su calado social, convirtiéndolo en un actor de importancia, especialmente en el medio urbano, donde arraigó sus tradiciones —entre ellas un fuerte asociacionismo— y consolidó su peso político. El advenimiento de la Revolución Industrial incidió —aunque no siempre directamente— en la naturaleza de su actividad, haciéndola más compleja, agregándole más incertidumbre y sometiéndola a los rigores crecientes de la competencia, a veces implacable. De allí su predisposición al simplismo mesiánico y su permeabilidad al revolucionarismo.

La fundación de sindicatos y la promoción de protestas o movimientos “obreros” está plagada de sastres, relojeros, zapateros, yeseros y encuadernadores, entre otros, a los que

debemos considerar, para la época, como trabajadores privilegiados.

La intelectualidad, que crece explosivamente en la medida en que el saber de la comunidad científica se torna más indispensable para el funcionamiento de la sociedad de alta complejidad, aumenta su participación en todos los ámbitos de la conducción social (ciencia, técnica, política, economía, Estado, arte y periodismo).

No obstante su relevancia, que ella tiende naturalmente a sobrevaluar, se siente al margen del poder político y económico, a los que se ve precisada a servir. De más en más, una parte considerable de la intelectualidad aspira al poder —en muchos casos sin tomar conciencia de ello— y racionaliza sus apetencias (esto es visible también en la intelectualidad eclesiástica) exaltando a los grupos más numerosos y disconformes que pueden apoyarla. En la etapa preinstitucional del sindicalismo, la intelectualidad encuentra esos grupos entre los trabajadores —cualesquiera que sean— y elabora para ellos y para sí misma las concepciones revolucionaristas que dan orientación y sentido a su comportamiento en el contexto del conflicto social.

Es comprensible entonces que en la etapa fundacional y promocional del “obrerismo” su liderazgo esté llamativamente inficionado por intelectuales, a veces brillantes, que proceden en muchos casos de los sectores altos de la estratificación social.

La hipótesis que formulo en este punto afirma que allí donde una modernización intensa (necesariamente contaminada por una elevada secularización), pero sin industrialización, avanzó en la estructura social y en la cultura —como por ejemplo en Francia—, los primeros conatos de organización sindical y toda la primera etapa de formación del gremialismo moderno se vieron configurados por el predominio de artesanos, trabajadores avanzados (sobre todo gráficos y ferroviarios) e intelectuales, así como, notablemente, por un fuerte revolucionarismo, inducido por estos últimos. Hubo muy poco, o nada, de obreros modernos, precisamente porque el sistema fabril (o industrialización) prácticamente no había llegado.

En cambio, donde la modernización se impregnó aceleradamente del sistema fabril (el caso de Inglaterra) —aunque fuera globalmente minoritario en el sistema productivo total—,

la inducción revolucionarista fue mucho más débil, así como lo fue también la participación de los artesanos. Además, en el conjunto de los trabajadores disponibles para la sindicalización, los obreros “modernos” constituyeron en este caso una proporción mayor que la de los artesanos, aunque éstos hayan sido, junto con los trabajadores avanzados y los intelectuales, los pioneros del sindicalismo.

La hipótesis que sostengo traslada el centro de gravedad del revolucionarismo —expresado particularmente en el anarquismo y el comunismo— desde el denominado “proletariado” (los obreros “modernos” o trabajadores originados en el sistema fabril) a los artesanos y trabajadores “avanzados”, pero en especial a la intelectualidad secular (si bien participaron también algunos pastores y sacerdotes). Así se explica que este último grupo —constituido por miembros, a veces prominentes, de los estratos sociales más elevados— sea el que elabore el revolucionarismo y aun dirija sus manifestaciones ostensibles, junto a otros grupos entre los que busca y encuentra apoyo.

El revolucionarismo no es, entonces, la expresión *necesaria* y culminante, como “conciencia de clase”, de la “clase obrera”, sino algo completamente distinto: *la formulación de un programa, y también una protesta, de un grupo estratégico de la modernidad*³ —*el constituido por la intelectualidad secular— en un momento histórico específico de su crecimiento social y de su participación política.* Son algunos de los protagonistas

³ La “modernidad” no implica necesariamente “progreso”. Es un concepto muy general para describir un tipo de sistema social que surgió solamente en Occidente y que se está extendiendo a todo el globo. Como es el marco en el que se consuma la unidad de la especie humana —de manera que ésta, por primera vez desde que existe, se integra a un solo proceso evolutivo—, desarrolla inmensas tensiones interculturales e interétnicas. La modernidad no debe entenderse como modelo historicista. Además, existen notables diferencias en las manifestaciones históricas de la modernidad, no sólo por las peculiares matrices de las diversas estructuras sociales, sino debido a los fenómenos de difusión y trasculuración, lo que confiere un lugar fundamental a las ideas en el intento explicativo. Por último, el concepto de modernidad puede ser indispensable, más o menos útil o totalmente irrelevante, según sea el problema en examen. Sin embargo, yo ahora considero que es preciso sustituir el concepto de “sociedad moderna” por el de “sociedad de alta complejidad”, íntimamente relacionado con la expansión y consolidación, en el nivel mundial, de la economía de mercado, con el proceso de secularización y (en el plano psicológico) con la elevada individuación (que debe distinguirse de la construcción social de la individualidad).

de la modernidad, y no de la Revolución Industrial, los que promueven el sindicalismo desde el marco de las ideas y le dan en la etapa inicial de su formación un significado revolucionarista, aquel que "el proletariado", abandonado a sí mismo, jamás hubiera adoptado y que rechaza en la etapa del sindicalismo institucionalizado.

3. Terrorismo e intelectualidad

Los problemas de los intelectuales, o de la intelectualidad, se ven también en la composición y las características del terrorismo contemporáneo. El terrorismo actual (una manifestación típica del revolucionarismo desesperado) no tiene su origen en la "clase obrera", sino en los sectores más intelectualizados de las clases medias y altas. Denuncia, por lo tanto, perplejidades y preocupaciones de poder y/o status, así como de valores respecto del poder y del prestigio, pero también respecto de valores morales, de esos sectores.

En general, en la etapa preinstitucional del sindicalismo los intelectuales rechazaron o fueron renuentes a aceptar la violencia terrorista, si bien a veces la justificaron. Es que tenían todavía un público y, sobre todo, conservaban la esperanza de captar a las masas no integradas a la estructura política institucionalizada. El terrorismo actual, allí donde el sindicalismo ha sido institucionalizado, expresa, en cambio, la desesperación de los intelectuales y los jóvenes universitarios de los estratos medios y altos por conquistar un público y acceder al sistema político *rápidamente* (quieren saltar sobre el sistema escalonado y competitivo de la democracia, que es lento y supone un trabajo itinerario de negociaciones).

En la actualidad, los intelectuales hallan muy grandes dificultades para obtener resultados similares a los que alcanzaron en la época preinstitucional del sindicalismo, en términos de la influencia que tuvieron sobre su incipiente liderazgo y del programa holístico que, con variantes, prepararon para él. Las masas sindicalizadas y sus cuadros dirigentes se resisten a las tentaciones revolucionaristas del pasado, y más aun a las del presente. Además, intervienen ahora variables completa-

mente nuevas para explicar la génesis del revolucionarismo remanente de la caída de los países socialistas.

Dada la indiferencia y, más aun, la animosidad de las organizaciones sindicales frente a las pretensiones de dominio de los intelectuales, éstos se han quedado solos. Las tensas relaciones entre Marx y los dirigentes gremiales ingleses, con su culminación en una profunda enemistad, ejemplifican esta temática. Como resultado, algunos intelectuales encararon, como una posible salida política exitosa, la vía de la guerrilla urbana o la rural (caso del Che Guevara en Bolivia y Sendero Luminoso en Perú, entre otros), y/o el terrorismo. Las direcciones de estos intentos están plagadas de universitarios (sobre todo, de egresados de carreras humanísticas), periodistas y escritores.

Indagar, entonces, qué es lo que pasa en la intelectualidad secular se torna crucial para entender el mundo contemporáneo, en el que la ciencia, la técnica, el arte y la recreación ocupan cada vez más tiempo y recursos de la actividad humana y en el que los intelectuales son, por eso mismo, los protagonistas.

Si esta perspectiva ha pasado hasta ahora inadvertida, o aparece poco conocida, es porque la manifestación del revolucionarismo estalló casi al mismo tiempo que la expansión del sistema fabril, lo que hizo que se confundiera con él y con el crecimiento cuantitativo de los "obreros modernos" que él originaba. Todavía se suele considerar a la revolución de 1848 como un fenómeno "proletario", según el sello, aparentemente indeleble, que le puso Marx. Sin embargo, Francia, donde tuvo su origen el espectacular proceso, era en esa época un país de artesanos y campesinos, como lo seguiría siendo hasta mucho después, aunque —no por casualidad— con una intelectualidad extraordinariamente desarrollada y un proceso de secularización muy profundo. Por lo tanto, las convulsiones de su vida política no pueden atribuirse a la Revolución Industrial, si bien desde 1830 —cuando se había dado una eclosión revolucionaria similar— estaba creciendo económicamente con rapidez.

Esta perspectiva es coherente con los hechos que siguieron a la revolución del '48: ésta se convirtió en europea y llegó hasta Polonia, atravesando diversas nacionalidades y muy diferentes sistemas sociales, en los cuales no había ni siquiera

los atisbos del sistema fabril que estaba creando al "obrero moderno". Es, en cambio, la modernidad, con su dinamismo movilizador y su revulsiva secularidad, lo que conmueve a gran parte de Europa, pero no la nueva *tecnología social* y también mecánica que está modificando radicalmente el horizonte de Inglaterra y que todavía no existe en el continente.

No sorprende entonces que sea precisamente Inglaterra el único país de la zona que no sufre ese año los efectos de la presunta revolución "proletaria". Al contrario: la industrialización parece haber neutralizado allí, por lo menos en parte, los efectos más explosivos de la modernidad, apoyada por la estructura, flexible y permeable, de su sistema político. Muy probablemente, el artesanado se hallaba tempranamente contrapesado por otro tipo de trabajadores, quizá los que llamé "avanzados", que logran crear las primeras organizaciones exitosas y obtener los primeros triunfos en la participación social. Este éxito en la participación llevó a mitigar el revolucionarismo inicial, y posteriormente a olvidarlo o desestimarlos. Algo similar podría deducirse de la experiencia norteamericana.

Por otra parte, la intelectualidad inglesa estaba menos aislada de las instituciones tradicionales y más vitalmente comprometida (emocional y valorativamente) con las formalidades del sistema político. La Rusia zarista de 1917 ofrece, en cambio, un ejemplo inverso. Una gran parte de su intelectualidad se hallaba marginada de las formalidades democráticas, entre otras razones porque apenas había tenido oportunidad de ejercerlas. Es decir: mientras los sistemas políticos inglés y norteamericano habían sedimentado profundas tradiciones de competencia y formalismo, la Rusia zarista se hallaba en los prolegómenos de su práctica activa.

4. El esquema

Los fenómenos masivos que alimenta la modernidad, sobre todo en los centros urbanos donde tiene su asiento el poder político y donde existe una compleja y rica gama de oficios con larga tradición, sumados a rasgos culturales que poten-

ciaron el liberalismo clásico, dan una explicación menos simple, pero más convincente, a las revoluciones como la de 1848 o de la comuna de París en 1870, que la aparición del "proletariado", típico de la Revolución Industrial. Por otra parte, la idea de "clases" intrínsecamente "revolucionarias"—tomando este término en su discutible significación positiva—o "reaccionarias", debe abandonarse como insostenible en la explicación de los fenómenos sociales que he considerado.

En síntesis, si destaco las líneas teóricas fundamentales seguidas en la interpretación global del binomio *intelectuales-sindicatos*, preciso al mismo tiempo los aspectos esenciales que ella asume en la etapa preinstitucional, realmente proteica, en que la esperanza revolucionarista domina finalmente la inspiración de los dirigentes sindicales, pero no a los trabajadores, que sólo esperan ventajas concretas e inmediatas en sus condiciones de trabajo y de vida.

El proceso ulterior de la institucionalización del sindicalismo y la concomitante e inevitable burocratización de su estructura y su dinámica señalan una modificación en la naturaleza y el contenido ideacional de su liderazgo,⁴ el abandono del revolucionarismo (aunque no de sus latiguillos demagógicos) y el rechazo terminante de los intelectuales independientes que promueven "la" revolución y que constituyen sus tácitos rivales en el manejo del poder sindical. Pero el divorcio con la intelectualidad no es completo: ahora las estructuras sindicales contratan a intelectuales dependientes como profesionales y asesores técnicos.

⁴ Traté este tema, si bien referido a la Argentina, en *El liderazgo sindical argentino y Líderes del poder sindical*, ambos de Ediciones Siglo Veinte, 1983 y 1988, respectivamente.